

Cosiendo confianza

João França

João França. «Cosint la confiança». *Retrats de la Barcelona comunitària* (págs. 115-140). Barcelona: Ajuntament de Barcelona.

Traducción realizada por FUOC

PID_00(90489)



© de la edición en catalán: Ajuntament de Barcelona (2019). En: *Retrats de la Barcelona comunitària* (págs. 115-140). Os podéis descargar la versión del libro en catalán en: <https://ajuntament.barcelona.cat/barcelonallibres/ca/publicacions/retrats-de-la-barcelona-comunitaria-0>

© de los textos: João França

© edición y traducción al castellano: Fundació Universitat Oberta de Catalunya (2021)



Los textos e imágenes publicados en esta obra están sujetos –excepto que se indique lo contrario– a una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada (BY-NC-ND) v.3.0. Se puede copiar, distribuir y transmitir la obra públicamente siempre que se cite el autor y la fuente (Fundació per a la Universitat Oberta de Catalunya), no se haga un uso comercial y ni obra derivada de la misma. La licencia completa se puede consultar en: <http://creativecommons.org/licenses/by-ncnd/3.0/es/legalcode.es>

Asociación

Amparo Iturriaga comenzó a trabajar a los catorce años y con el tiempo acabó montando su propio negocio de confecciones. Lo hizo en su propio barrio, en Roquetes. Tenía que estar cerca de casa para cuidar de sus hijos.

Nunca en la vida había tenido vinculación con el mundo asociativo, pero un día, saliendo del trabajo, se encontró con un grupo de hombres en la plaza. Eran de la asociación de vecinos y comentaban que si hubiera más gente participando sería más fácil cambiar la realidad del barrio. Como querían un barrio mejor, las cuatro mujeres que se habían encontrado allí se apuntaron a la asociación. De ese día ya hace dos décadas.

Estuvieron un año sentadas a la mesa cada jueves, sin acabar de entender de qué hablaban. **«Al principio era muy gracioso, yo me preguntaba “¿a esta gente qué le pasa?”, porque empezaban “claro, con el PIM este año no sabemos qué haremos, porque el PAC imagínate como está y el PUM no sé qué” y ni nos explicaron qué eran el PIM, el PAM o el PUM»**, recuerda Amparo mientras se ríe. Se inventa las siglas porque en ese momento le sonaban todas iguales. Aunque valoraba el trabajo que habían hecho aquellos hombres por el barrio, lamentaba que no fueran capaces de explicar cómo funcionaba todo.

«El objetivo que tenían para nosotras era que creáramos la vocalía de mujeres, y tan pronto como entramos nos propusieron hacer talleres de costura y cocina, a lo que yo me negué en rotundo. Les dije que si querían los organizábamos para ellos, porque las mujeres ya saben cocinar y eran ellos los que no sabían», explica.

Al cabo de un año sin nada que hacer y oyendo a los otros quejarse de que nadie quería asumir responsabilidades, un buen día se hartaron. **«Todo el año la misma conversación... A ver, el tema del transporte, ¿quién lo lleva?»**, saltó Amparo. **«Pues tú, ¿a ti te gusta el transporte?»**, le dijo a una compañera. Esta entró en la vocalía de transportes, otra en la de sanidad y así hasta tener tareas para todas. Solo uno de todos aquellos hombres se ofreció a explicar cómo funcionaba su área y muchos con el tiempo lo terminaron dejando.

Después vinieron las quejas porque nadie quería asumir la responsabilidad de la presidencia. **«Tío, es que llevamos aquí cuatro días. No es que no queramos, es que no tenemos ni puñetera idea de cómo funciona esto»**, replicaba Amparo. Tampoco entendía por qué debía existir esta figura si todo el mundo estaba dedicado a ello en pie de igualdad. **«Me dijeron que era de cara a la Administración y para firmar papeles. Entonces propuse que, si las vocalías funcionaban y entre todos decidíamos qué hacer, yo podía asumirlo y firmar los papeles que tocara, pero que en la práctica no quería**

ni figuras de presidente ni huevos en vinagre», recuerda la desde entonces presidenta, como mínimo sobre el papel, de la Asociación de Vecinos y Vecinas de Roquetes.

«Más allá de todas las cosas que puedes llegar a hacer y de ver los cambios que hay en el barrio o de si has conseguido que haya becas de comedor para los niños, toda esta movida te enriquece y te llena mucho como persona porque estás haciendo algo que te da la gana; primero eres pequeña y haces lo que te dicen los padres, después tienes que cuidar de tus hijos, luego de tus padres... y en ningún momento llegas a ser tú, como tú quieres. A esto, en cambio, nadie te obliga; lo haces porque te apasiona de verdad», concluye Amparo tras años de lucha.

Domingos

La historia de Roquetes es, como la de otras zonas periféricas de la ciudad, una historia de lucha colectiva ante muchas adversidades. El retrato que hacían del barrio los periodistas Jaume Fabre y Josep Maria Huertas Claveria en uno de los volúmenes de *Tots els barris de Barcelona* del año 1977, no era muy halagüeño:

De 1937 a 1948 en Roquetes no se hicieron prácticamente casas. Después, lentamente, se inició un proceso de construcción de edificios sobre las rocas en calles con un desnivel del treinta y nueve por ciento, que pertenecen a las construcciones que cualquier remodelación indicaría como candidatas a caer por tierra.

Sin permisos, con todo tipo de travesuras, con historias de picaresca e historias lamentables, se hicieron edificios increíbles con los ladrillos sin rebozar, estructuras apoyadas sobre la misma roca —la calle de Llobera es uno de los ejemplos más ilustrativos— y que hoy son uno de los ejemplos más increíbles del urbanismo que nunca se deberían haber tolerado.

En 1969, el trece por ciento de las viviendas del barrio no tenían luz y el sesenta y siete por ciento no tenían agua. Además, había un cincuenta por ciento de realquilados. Por mucho que hayan mejorado las cosas, estos datos hicieron que Jordi Borja dijera que este barrio era el peor equipado de Nou Barris. Y eso que los competidores lograron todo tipo de méritos.

Efectivamente, Roquetes ha sido un barrio históricamente dejado de lado. Su hecho diferencial, sin embargo, es que los vecinos y vecinas no se resignaron. Amparo llegó desde Valencia con solo cuatro años, y si bien la construcción del barrio a mediados de los años cincuenta la tiene difuminada entre recuerdos de

infancia, reivindica lo que se hacía aquellos años como una experiencia muy potente de acción comunitaria cuando ni siquiera conocían este término.

Las personas migrantes que venían de otros puntos del Estado construían su casa en Roquetes sin planos ni permisos. Muchos trabajaban en la construcción y sabían cómo hacerlo, pero esto no era suficiente para la Administración. **«Tenías que construir la casa y ponerle techo el mismo día, porque si no la tenías terminada venían del Ayuntamiento y te la tiraban al suelo. Entonces, la mayoría de los vecinos se unieron y se ayudaron unos a otros para construirlas y ponerles el techo. Esta fue una de las primeras acciones comunitarias que se hicieron»**, reivindica Amparo.

El barrio, autoconstruido, no contaba con los servicios más básicos, entre ellos el alcantarillado. Las aguas sucias bajaban por una zanja en el centro de las calles. En 1964 llegó al barrio el cura jesuita Santiago Thió y se escandalizó con la situación. El rector de la parroquia lo puso en contacto con los líderes vecinales de las diferentes calles, con los que se puso de acuerdo para revertir esa situación: construirían ellos mismos el alcantarillado que no hacía el Ayuntamiento.

Un compañero de facultad de Santiago, ya titulado en ingeniería, se prestó para firmar el proyecto con el que se pidieron los permisos a la Administración. Recaudaron puerta por puerta el dinero necesario para llevar la obra a cabo, compraron los materiales y, como la jornada laboral era de seis días, solo quedaban los domingos para trabajar. Lo hicieron de lo lindo. Durante el verano de 1964 hubo días en los que eran trescientos los vecinos y vecinas que trabajaban desde las seis de la mañana hasta la una del mediodía. En el barrio lo recuerdan con la expresión **«urbanizar en domingo»**.

Unos años más tarde, en 1970, el Ayuntamiento quería cobrar a los vecinos de la calle Cantera unos precios desorbitados para asfaltar precariamente sus calles, pese a admitir que habían tenido que construir sus propios servicios. Ante unas respuestas del consistorio que los indignaron, los vecinos simplemente se negaron a pagar.

Ya entrados los años setenta, tuvo lugar uno de los hitos más recordados de la lucha vecinal de Roquetes y de los Nou Barris: el secuestro de autobuses.

Al barrio, especialmente elevado, no llegaba el transporte público y el vecindario arrastraba años de reivindicación hasta que, una vez más, decidió pasar a la acción. Los periodistas Fabre y Huertas Clavería lo explicaban así:

Hubo una demanda colectiva por escrito en 1969, que no prosperó porque les contestaron que había poco espesor en el pavimento.

Cinco años después, en mayo de 1974, tenía lugar el primer secuestro de un autobús para demostrar que podía subir hasta las

calles de la Cantera y de Brisquets, que corresponden a la parte más alta del barrio. Ante el silencio de la compañía, un mes después, unos quinientos vecinos arrancan la señal de la parada del autobús número 11 y obligan a uno de los vehículos de esta línea a subir de nuevo el tramo que lleva hacia arriba. El autobús, que es viejo, está a punto de flaquear en el trayecto, pero finalmente logra llegar.

Los habitantes de Roquetes señalan, además, que en la calle de la Cantera hay una especie de plaza habilitada para que puedan girar los autobuses que suban.

Un tercer secuestro tuvo lugar en el mes de julio al grito de «¡Queremos autobuses!» y un cuarto fue frustrado por la presencia de la policía. Finalmente, lo que han podido conseguir los roquetenses es que las líneas 11, 31 y 112 suban a medio camino, introduciéndose en el barrio y no haciendo como hasta hace pocos años, que se detenían en la frontera con Verdum.

Cuando los periodistas visitaron Roquetes en el año 1976 destacaron, por un lado, los murales de las paredes con los que se generaba conciencia de los problemas del barrio y, por otro, que la asociación de vecinos se reunía al aire libre, ante el consultorio de la Seguridad Social, en un descampado que reivindicaban como zona verde. El consultorio era fruto de la lucha vecinal y aquel año reclamaban que funcionara las veinticuatro horas del día para atender urgencias, algo necesario ante la falta de un hospital en la zona. Con los años el ambulatorio quedó obsoleto y hoy el local de la calle de la Cantera se ha convertido en la sede de aquella asociación vecinal que se reunía delante.

Un plan

Aquel movimiento tan potente y aquel barrio tan unido fueron desapareciendo con el tiempo. A partir de la década de los ochenta fue una tendencia repetida en toda la ciudad. Sin embargo, después de unos años, a partir del año 2000, las entidades del barrio comenzaron a tomar conciencia y se preguntaban qué podrían hacer para volver a estar unidas.

«Hacía años que quien llevaba el día a día del barrio era la asociación de vecinos, pero nos unimos todas las entidades para ver cómo queríamos que fuera Roquetes, en todos los ámbitos, no solo en el urbanismo; estuvimos un año trabajando y un día hicimos unas jornadas para hablar sobre equipamientos y pensar qué necesitábamos como barrio, pero lo

que resultó como prioridad fue que necesitábamos un plan comunitario», recuerda Amparo.

Es así como en 2003 se pone en marcha el plan comunitario de Roquetes, inspirado en lo que ya estaba dando resultados en el barrio de al lado, la Trinitat Nova. **«Eran muy diferentes porque en la Trinitat Nova el plan comunitario empieza porque no había nada. En cambio, en Roquetes ya se había hecho un plan integral, el Kasal de Joves Roquetes era una entidad muy potente, en la que estaban Ton i Guida con la Xarxa d'Intercanvis de Coneixements (Red de Intercambio de Conocimientos), que ya era muy grande y potente... Un grupo de vecinos fue capaz de redactar una propuesta de plan comunitario y lo que hicieron después fue ponerse de acuerdo con la gente de Trinitat Nova para que les ayudaran a buscar unos técnicos, que al final fuimos Rubén y yo»,** explica Carme de la Madrid, que recuerda sus cuatro años y medio de técnica comunitaria en Roquetes como uno de los proyectos laborales en los que más ha aprendido.

La base de lo que es un plan comunitario es que todas las voces del territorio aportan y trabajan desde el mismo nivel. La Administración, los servicios públicos, las entidades y el vecindario pueden hablar de igual a igual. Participan en diferentes mesas de trabajo temáticas, que hoy en día son las de convivencia, socioeducación, apoyo mutuo, inserción laboral y salud y en grupos de trabajo vinculados a proyectos concretos. El impulso de todo ello se gestiona desde la Plataforma de Entidades de Roquetes.

En 2003, para empezar a trabajar, hacen un diagnóstico de la situación del barrio, y allí la salud es una de las preocupaciones destacadas. **«Relacionada con la salud había una vocalía de sanidad en la asociación de vecinos que era más reivindicativa y desde que empieza el plan siguen con la reivindicación, pero empiezan también a construir propuestas con la gente del CAP»,** recuerda Carme.

Salud

Montse Petit es enfermera y trabajaba en los centros de planificación familiar del Ayuntamiento de Barcelona hasta que la sanidad pública asumió esta función. En el año 2000, la transfirieron al equipo de la Agencia de Salud Pública de Barcelona (ASPB) y, en concreto, a los barrios de Roquetes, Trinitat Nova y Prosperitat. Su función consistía en la promoción de la salud, con iniciativas como el fomento del cepillado dental, las campañas de vacunación o los programas de salud en las escuelas.

Dado que había asociaciones de vecinos, como la de Roquetes, que ya tenían vocalías de sanidad, se implicó para trabajar más vinculada al territorio. **«En**

una de las primeras reuniones con los vecinos ya me preguntaron que qué podíamos hacer para enterrar las torres de alta tensión, porque esto también era salud. Como yo no estaba sola, sino que tenía a la agencia detrás, podía ir a buscar a la persona referente, en este caso, de medio ambiente. Pero te pedían desde eso hasta la información sobre los aceites de las freidoras de las escuelas o sobre las escaleras mecánicas», recuerda Montse. Celebra esta visión amplia de lo que se entiende por salud. **«Cuando yo estudié, hace muchos años, ya se hablaba de un concepto más holístico, de salud física, psíquica y emocional, lo que pasa es que en la práctica siempre se había trabajado solo la física»**, asegura la enfermera.

También se acercó al Centro de Atención Primaria y precisamente en ese momento se estaban planteando qué era hacer salud comunitaria. Empezaron a hacer un primer diagnóstico de salud en el barrio impulsado por el CAP y fue en este proceso cuando aterrizó el plan comunitario. **«Con los técnicos comunitarios, que eran Rubén y Carme, se pudo hacer más amplio este diagnóstico, vinculando más servicios y más entidades; nosotros teníamos las ganas, en el territorio las teníamos, pero ellos llevaban el método porque aquí no sabíamos ni qué era un plan comunitario y se empezaron a tejer estas relaciones entre vecinos, servicios y entidades»**, explica.

El cambio fue notable y vieron lo que era realmente trabajar juntos. **«Hasta entonces te coordinabas, pero trabajar juntos, sentarse a una mesa, decidir todos juntos sobre los servicios, las entidades, los vecinos, la Administración... esto era nuevo y ellos fueron los que nos guiaron»**, dice. Destaca, sin embargo, que el terreno estaba muy abonado por la historia del barrio. **«Con todo esto que se ha explicado tanto del alcantarillado como de otros aspectos, sin conocer a Marco Marchioni, ni a Tomás Villasante, ni a ninguno de los teóricos de la acción comunitaria, los vecinos ya lo estaban haciendo. Allí ya se encontraban los fundamentos de la acción comunitaria, en la forma en la que se organizaron y cuando dijeron “aquí protestamos, pero nos arremangamos”»**.

Desde los principales servicios vinculados a la salud, en el barrio hubo profesionales que apostaron con fuerza. Aparte de Montse, como enfermera comunitaria de la ASPB, también estaba Gloria Muniente, como trabajadora social del CAP y Bet Bàrbara, como directora del Centro de Servicios Sociales. **«Nosotras, que éramos los servicios, no les invitábamos a venir a nuestra casa, sino que íbamos a sus casas —dice Montse en referencia a las entidades del barrio—; si había una vocalía de salud, pues nosotras íbamos»**. Fue así como la mesa de salud del plan comunitario, en sus inicios compuesta principalmente por profesionales, fue incorporando al vecindario y a las entidades.

En el primer diagnóstico de salud, los temas que aparecen como prioritarios para los vecinos y vecinas son el autocuidado, todo lo relacionado con los huesos y la artrosis y los hábitos saludables. Esto sirvió de guía para el trabajo de la mesa, que comenzó a diseñar intervenciones.

Entre las primeras iniciativas, la que aglutinó más participantes de diferentes franjas de edad fue *Els remeis de l'àvia*, un proyecto vinculado a la cuestión del autocuidado. El objetivo era editar un libro que recogiera remedios caseros para hacer frente a trastornos de salud leves, como un resfriado o un dolor de oído. Para ello, empapelaron el barrio con una llamada generalizada. También trataron de dar una perspectiva intercultural e intentaron que participasen las diferentes comunidades del territorio. Finalmente, vieron una oportunidad para hacer un trabajo intergeneracional y a través de las escuelas pidieron a los niños que durante el verano recogieran remedios de sus abuelos y abuelas.

Recogieron más de doscientos remedios que pasaron a manos del grupo motor del proyecto en el que participaban una doctora, la enfermera comunitaria, la trabajadora social del CAP, una vecina y el técnico comunitario. **«La médica lo revisó todo porque también había remedios que los guardamos como ejemplos de lo que no se debe hacer. Entre todos sacamos trece categorías, como la del dolor de cabeza, la fiebre o los vómitos y en cada una explicábamos el consejo o remedio, cómo hacerlo, el tiempo en que deberías notar el efecto y, si no notas ninguna mejora, cuándo deberías ir a tu centro de salud»**, recuerda Montse. Esta acción se ha repetido en otros barrios y en Roquetes se ha actualizado con los años.

Aïda Ballester, la actual técnica comunitaria referente en salud, remarca que el eje del trabajo de la mesa de salud comunitaria es la salutogénesis: **«En vez de mirar los factores que causan la enfermedad miramos los que causan el bienestar, que favorecen la salud de las personas»**.

En esta línea, uno de los proyectos, *Barri saludable*, invita a los vecinos y vecinas a identificar los activos en salud del barrio: aquellos elementos que la comunidad identifica como causantes del bienestar. **«Podemos identificar activos formales, como pueden ser el hospital o el CAP, pero también otros como pueden ser la montaña —porque veo las vistas de Barcelona y me gusta mucho poder sentarme allí cada día un rato a tomar el sol— o el centro cultural Ton y Guida —porque hay un grupo de pintura e ir a dibujar me aísla de los problemas que tengo en casa»**, explica la técnica.

En el barrio se trabaja con el concepto de prescripciones sociales. En el CAP quizás pueden extender una receta —en papel, para que la recomendación se tome en serio— para salir a caminar, si lo que necesita esa persona es actividad física. Pero Aïda remarca que la prescripción social no está solo en manos de los profesionales sanitarios, sino que la puede hacer toda la

comunidad, como por ejemplo alguien que ya participa en una actividad y valora positivamente el bienestar que le genera.

De las necesidades de hacer actividad física suave con personas que llegaban derivadas del CAP con dificultad de movimiento o cierto grado de sedentarismo, surgió el grupo *Caminaires*. Para acompañar a estas personas, sobre todo a la gente mayor, se contrató a un monitor para que dinamizara dos salidas por semana. El boca a boca ha ido haciendo crecer el colectivo más allá de las derivaciones del CAP hasta llegar a una treintena de personas.

Las *Caminaires* son un ejemplo de autonomía y de la responsabilidad para la promoción de la propia salud que quieren fomentar desde la mesa. Como no tenían suficiente con dos días, ahora se autoorganizan para salir a caminar también los viernes. Y a final de curso tampoco se resignan a quedarse quietas.

«Cuando llegó julio y se terminó el contrato del monitor, ellas decidieron continuar: salían más temprano, porque hace menos calor, y de hecho, invitaron al monitor a ir; se han cambiado los papeles totalmente», dice Aïda riendo.

Circo

En 2006, una serie de conflictos con algunos jóvenes de Roquetes llevaron a abrir el patio de la escuela Antaviana para trabajar cuestiones relacionadas con las conductas, los hábitos saludables y los itinerarios formativos y laborales. De esto salió una liga de fútbol como espacio para trabajar estos aspectos, y la iniciativa se fue ampliando hasta convertirse en el proyecto *Karpa*. «El objetivo del proyecto es que el adolescente tenga un ocio estructurado, con referentes positivos y que se dé en un entorno protegido», explica Aïda. Esto se concreta en actividades deportivas, como fútbol y artes marciales, que se hacen con el apoyo de la ASPB; en formaciones de monitores de tiempo libre, en las que participa el centro de jóvenes; y en actividades de sensibilización, con especial preocupación por el consumo de drogas y alcohol.

En un extremo del barrio, encontraron un socio con mucho que aportar a un proyecto así: el Ateneu Popular Nou Barris. Allí existe desde hace años la Escola de Circ y, sumando todos los factores, junto con la Agencia de Salud Pública de Barcelona impulsan el proyecto *Fem salut* a través del circo. **«*Karpa* tiene mucho que ver con la actividad deportiva y la formación, y *Fem salut*, a través del circo, tiene más que ver con la parte artística y cultural de la actividad deportiva. Para ello se utiliza el circo, que es una actividad muy física, pero que tiene toda esta otra vertiente; se llevan a cabo estas dos líneas también porque se apuesta desde un inicio por ofrecer un**

amplio abanico de ofertas para que la juventud pueda elegir», explica Elies Martínez, técnico del área de formación y circo social del Ateneu.

Desde hace casi una década organizan un programa gratuito con el que los jóvenes se pueden familiarizar con las diferentes disciplinas del circo. De enero a junio les permiten probar las diferentes disciplinas (malabares, equilibrios, acrobacias, aéreos, danza o teatro) y pueden profundizar en lo que más les interese con acompañamiento profesional y trabajo autónomo, para finalmente sintetizarlo en las muestras que se hacen a final de curso en el Ateneu con la Festa del Circ Social.

«En los últimos años hemos trabajado para que los jóvenes participen directamente en la organización de la fiesta, que no solo sean los protagonistas de lo que se muestra; vamos despacio, pero nos hemos propuesto que todas las actividades que hacemos en el marco de la Franja Jove se trabajen con su participación y empoderamiento. Por eso, intentamos que cada vez sean menos dirigidas y más autogestionadas», apunta Elies.

La convocatoria para *Fem Salut* a través del circo está abierta a quien quiera participar, pero sí son conscientes de que se encuentra en el marco del proyecto *Salut als Barris*, impulsado por la ASPB, y se espera que sus efectos recaigan sobre todo en los barrios cercanos. Para el Ateneu, situado entre Roquetes y Trinitat Nova, es difícil trazar fronteras, y su entorno de referencia está formado por Roquetes, Verdum, Canyelles y Trinitat Nova. Las inscripciones se abren antes a través de los espacios vecinales de estos barrios o de otros del entorno, como la Prosperitat o los de la Zona Norte.

Se encuentran grupos muy heterogéneos de jóvenes que quieren hacer circo. Por ejemplo, se acercan personas de la comunidad musulmana o de la gitana, que están muy presentes en el territorio, pero no tanto en las actividades del Ateneu, y Elies celebra que el proyecto les permita llegar a ellas. La diversidad también se ve en otros factores. **«En general, el nivel socioeconómico de la gente que participa en la Escola de Circ es más elevado que el de la gente de *Fem Salut*; el hecho de que un número importante de los jóvenes vengan derivados de los servicios sociales o de educadores de calle hace que haya gente con realidades en casa que son más complejas de lo que nos encontramos en la escuela juvenil»,** apunta.

Otro elemento que considera que puede provocar diferencias es el hecho de que haya que pagar una cuota para participar en la Escola de Circ: **«Aunque hay unas becas, como técnico detecto que el simple hecho de tener que hacer este trámite ya es una barrera para algunos colectivos, por ejemplo, las familias en las que los padres tienen más dificultad lectora, y esto crea una barrera de vergüenza, aunque aquí ofrecemos acompañamiento para poder hacer el trámite, ya es una primera traba»,** asegura. Para Elies, una

de las grandes tareas pendientes es profundizar más en el modo de llegar a estas familias.

La conciencia de estas diferencias y la poca interrelación entre los diferentes grupos de jóvenes se sumó a la preocupación del equipo para generar empoderamiento y participación más allá de las actividades regladas. De ahí salió la idea de crear espacios de entrenamientos libres: **«La idea es que es un espacio abierto en el que los jóvenes, pertenezcan a estos proyectos o no, puedan venir a probar el circo de manera libre, y tengan la supervisión de algún formador de circo. Pero esta supervisión es voluntaria: la realiza gente que lo hace también por amor al arte y esto tiene que ver también con la manera en que se configura el Ateneu»**, dice Elies.

Si bien el equipamiento es un espacio de trabajo, en el que procuran que los formadores y las formadoras puedan cobrar dignamente por su trabajo, también es un espacio de militancia. **«Estos formadores de circo que creen en esta manera de proceder también se ofrecen de forma voluntaria para liberar estos espacios, y porque además establecen de alguna manera un vínculo con los chavales y las chavalas que va más allá de una actividad reglada»**, explica. Durante el curso 2017-2018, esto ha fructificado en que jóvenes de la Escola de Circ, del *Fem Salut* y exalumnos de alguno de los dos proyectos han formado una compañía joven que ha comenzado a desarrollar un espectáculo, con el acompañamiento voluntario de algunos profesores.

«Al final, con todo esto pretendemos establecer que el Ateneu sea un punto de encuentro más del barrio», reivindica Elies.

Y no solo lo es por las actividades que organiza. También se celebra, por ejemplo, una reunión de la mesa de salud de Roquetes, en la que participan una veintena de personas. A excepción de dos hombres, todas son mujeres. Representan al CAP, a los servicios sociales, a la ASPB y al distrito, pero también a centros educativos, a entidades vecinales, sociales o de cultura popular.

Esta se hace en el Ateneu, pero la siguiente se hará en la guardería Pla de Fornells. **«Antes siempre se hacían las reuniones en el CAP, y los médicos y médicas venían con sus batas, era muy institucional, hasta que se reestructuró la mesa y se decidió hacerlas rotativas. A partir del lugar al que se va, se intenta trabajar un punto que afecte más a ese espacio o se intenta que vengan más personas vinculadas a él»**, explica Aïda.

Máquinas

En el taller de Amparo se hacía de todo: confección, arreglos, ropa a medida... Pero llegó un momento en el que no pudo remendar su situación económica: **«Primero sacaron los aranceles a las importaciones chinas, y ya empezamos a no poder competir, y luego, con la crisis, ya llegó un momento en el que era insostenible»**, recuerda. No le quedó más remedio que cerrar. **«Entré en una depresión tremenda: eran treinta años de negocio y un montón de mujeres trabajando juntas»**.

Decidió llevarse las máquinas al antiguo ambulatorio, reconvertido en asociación de vecinos, y no era consciente de la utilidad que supondría este paso. **«Empezamos a montar talleres para enseñar a las chicas del instituto, y eso me fue ayudando, porque veía que mis máquinas, mi esfuerzo de toda una vida, estaban consiguiendo que hubiera mucha gente que lo disfrutara y que se sintiera bien»**, explica.

Fue mucha la gente a la que, como a Amparo, la crisis le trajo sufrimiento. En unas jornadas sobre economía social, con servicios y entidades, quisieron abordar cuáles eran las prioridades que trabajar en Roquetes en ese contexto. Tenían la convicción de que una de las cosas priorizadas sería la vivienda, pero no era lo que más preocupaba a la gente. Los temas principales eran el trabajo y, sobre todo, la soledad. La gente se culpabilizaba por las situaciones que estaban viviendo sus familias.

«Entonces nos preguntamos si esta gente estaba conectada con los servicios sociales, con el CAP o con lo que fuera, porque algunos de ellos no sabrían ni buscar recursos», recuerda Amparo. El objetivo era generar un espacio al que la gente fuera, pero no para lamentarse, sino para empoderarse: **«Les queríamos decir que sí eran capaces de hacer cosas y, al mismo tiempo, enterarnos de si estaban vinculados a los servicios sociales, o de si tenían algún problema por el que no iban al CAP»**.

Las máquinas de Amparo fueron la excusa perfecta porque, además, les podían enseñar a hacer dobladillos o a cambiar cremalleras, cosas que les podían servir para ganarse la vida en su casa. Así nació el proyecto *Més amb Menys*, con mujeres voluntarias que enseñaban a otras a coser y, sobre todo, tenían un espacio semanal de encuentro y de relación.

«No es que coser sea hacer salud porque, de hecho, a mí a veces me hace daño a la vista», bromea Montse Petit. **«Hacer salud es participar en un taller al que acuden mujeres que estaban en sus casas, viudas, separadas o solas en Barcelona porque vienen de otro país y no tienen a nadie aquí; mujeres que por el motivo que sea se encuentran en una situación vulnerable, y su salud relacional está tocada, pero les recomiendan acercarse a este taller, porque les gusta coser, lo habían hecho de**

jóvenes o simplemente les interesa y, a partir de algo que te gusta, vuelves a engancharte a una red».

«Muchas de las mujeres que vienen comparten que estaban pasando un momento delicado en su vida, que la precariedad o el tener o no trabajo, influye en la vida familiar y en los hábitos de higiene o de alimentación, pero también tiene repercusión en la salud emocional», explica Aïda. **«Estaban de capa caída, o empezaban a aislarse socialmente, y poder participar en este proyecto les ha servido para poder compartir, abrirse, expresar su malestar y ver que no son la única persona que está pasando por esta situación».**

Más allá de coser, en los talleres siempre hay espacios para hablar y compartir. Se generan muchas complicidades. Cuando una persona no va al taller, hay alguna otra que le escribe y le pregunta si le ha pasado algo o por qué no ha ido. El espíritu del proyecto es que se puedan acompañar las unas a las otras. **«Yo como técnica puedo marcharme algún día, pero ellas viven en el barrio. Si ocurre cualquier cosa están aquí y la costura es una excusa; al final tienen a alguien con quien contactar o con quien compartir, y esto hace que mejore todo, sobre todo su salud emocional»,** dice Aïda.

El proyecto siempre ha sido autogestionado y no ha parado de crecer. El nombre de *Més amb Menys* viene del provecho que sacan de los recursos que encuentran. Trabajan con telas recicladas, que les llegan a través de donaciones, como las que hace la Fundación Pare Manel. También hacen algunas cosas, como neceseres, para vender en la fiesta mayor y cubrir gastos, porque se necesitan hilos, tijeras, cremalleras... También han ganado en dos ocasiones los premios Vuit de Març - Maria Aurèlia Capmany del Ayuntamiento de Barcelona, que han aportado recursos al proyecto.

En los últimos años han recibido una subvención en el marco del programa *Treball als barris* para llevar a cabo formación para la inserción laboral. Así han podido contratar a Marta, la tallerista para los grupos que forman parte del programa. Ella coordina la organización del conjunto de los talleres, pero todas las demás talleristas siguen siendo voluntarias.

Las asambleas para tomar decisiones sobre el proyecto son un espacio abierto a todas las participantes. También son un espacio para gestionar las posibles problemáticas. En la primera del curso, una de las talleristas reclama que todo el mundo se responsabilice del material y del espacio, que está harta de ver los cubos de basura desbordados. Si están llenos, no hay más que preguntar dónde están las bolsas y vaciarlos. **«Os lo digo así porque ya somos mayores, no nos comportemos como niños de escuela. Es mejor decirlo claro que después estar susurrando en la puerta sobre si tal ha hecho esto o aquello»,** dice. Pone un ejemplo: **«Las telas están a disposición de todas, si esta ha cogido tres será porque las necesita, y si yo no he**

cogido ninguna será porque no me ha hecho falta; lo digo por los rumores que salen después».

Una de las técnicas comunitarias recuerda al grupo que se acerca la Festa de la Pinya, una iniciativa creada en los inicios del plan comunitario para realizar un punto de encuentro en el que mostrar cada año los proyectos que se están haciendo en el barrio. Deben llenar tres turnos con voluntarias para el puesto en el que venderán cosas hechas en los talleres. **«En el grupo de los martes por la mañana ya hemos empezado a hacer bolsas, para organizar lo que hacemos, que sepáis que las bolsas ya están cubiertas»**, informa una de las presentes.

Tras la asamblea de inicio de curso, mientras Marta atiende a varias mujeres que no tienen claro qué grupo les ha tocado o que necesitan cambiarlo, Eva y Consuelo comentan el tema de la corresponsabilidad. Lamentan que la gente no valore lo suficiente las cosas que son gratis.

Eva es de Zaragoza y Consuelo, de Ecuador. A ambas les falta la red familiar en la ciudad y se han visto aisladas con la crianza de sus hijos. Mientras que Consuelo trabaja limpiando en el Ateneu Popular Nou Barris, y por esto le suena la cara de más o menos todo el barrio, Eva viene de unos barrios más allá, de Ciutat Meridiana, pero entre su implicación en el AMPA de la Antaviana, donde estudia su hija, y los talleres, dice que se pasa más horas en Roquetes que en su barrio.

Eva llegó a un taller que hacía Amparo antes de que comenzara el proyecto *Més amb Menys*, pero ya con el mismo espíritu.

—La idea es aprender a hacer tus arreglos en casa, a hacer cuatro cositas, pero para mí ha ido más allá, ha sido poder sacar la creatividad que tenía dormida desde hacía años —explica la de Ciutat Meridiana—. Con dieciocho, veinte o veintidós años yo hacía muchas cosas, como no tenía pasta me hacía mis propios vestidos a mano, porque no me los podía comprar. Después con el trabajo, el cambio de ciudad, por tener a mi hija y tener que parar, me quedé sin trabajo... Y cuando vine aquí, esta creatividad comenzó a salir y me ha servido para perder la vergüenza, exponer mis cosas y abrirme.

—Yo llevo unos dieciocho años en el barrio, pero no me atreví a venir hasta el año pasado. No me atrevía por vergüenza, por timidez. Y antes también mis hijos eran pequeños...

—Es que dejas de hacer cosas. Yo vine de Zaragoza y ya llevaba un tiempo aquí. Entonces tienes una rutina, un círculo de gente en el trabajo, pero cuando me quedé en paro y nació Lucía, me quedé aislada.

Me quedé completamente aislada, y eso te lleva a tener miedos, inseguridades...

—Yo sufría porque no sabes cómo te percibirán... Y antes, claro, iba a la escuela, a la Antaviana, que mis hijos crecieron allí, después la comida, hasta las cinco de la tarde preparando cosas, y a las cinco me instalaba con mis hijos, la casa y todo lo que conlleva el hogar... Era rutina, rutina y rutina, y el sábado y el domingo, ir con los niños al parque...

—Y en mi caso trepando por las paredes porque esta nunca ha sido mi dinámica. Yo siempre he trabajado, he estudiado y para mí este cambio fue terrible.

—Ahora que mis hijos se han hecho mayores, ahora sí puedo salir. Les digo que se queden en casa, que ya volveré —dice riendo.

Ante el éxito de *Més amb Menys*, no se detuvieron en la costura. Consuelo, después de un año cosiendo, también se ha apuntado al taller de cocina, que lleva unos años en rodaje. Eva se ha buscado uno similar en su barrio. A una le preocupa que después de dieciocho años siga cocinando como en Ecuador y, a la otra, que nunca ha sabido cocinar.

El proyecto de cocina nace también de la necesidad de espacios compartidos. **«Había gente que iba al banco de alimentos y allí lo que hacen es que te dan una limosna y te dicen que te vayas a tu casa con tu soledad, tus problemas, tus dificultades... y eso es muy triste»**, considera Amparo. Por eso crearon talleres en los que cocinar colectivamente, con la implicación de la ASPB y del CAP, que aportaba las recetas para tener una alimentación saludable con pocos recursos.

Poco se imaginaba Amparo, cuando entró en la asociación de vecinos y se negó en redondo a organizar talleres de costura y de cocina, que acabarían siendo puntales de la acción comunitaria en el barrio.

Los hombres, que ella ya decía entonces que eran los que tenían que aprender a coser y a cocinar, no aparecen demasiado: a cocina van algunos y a costura, muy excepcionalmente. El marido de Consuelo fue uno de esos casos mientras estuvo en paro. **«Él sí que cose, no como yo, que no tenía ni idea, pero le daba vergüenza y dijo que se apuntaba si me apuntaba yo también; una vez ahí le dije que se independizara y fuimos a grupos diferentes»**, explica divertida.

El siguiente reto es poner en marcha el *Més amb Menys* de bricolaje: **«Dicen que así podremos llegar a los hombres, pero por el momento las mujeres ya se han mostrado muy interesadas en apuntarse»**, dice Amparo.

Liderazgos

Un mediodía de julio, Amparo se sienta en el banco que hay en la puerta del local de la Asociación de Vecinos y Vecinas de Roquetes, el antiguo ambulatorio reconvertido tanto en taller de costura como en sede del plan comunitario. Lleva un delantal puesto y se está abanicando. Ha salido a tomar el aire porque llevan toda la mañana ordenando los materiales de costura antes de las vacaciones. Cuando vuelve a entrar hay mucha gente acarreando cajas y recortes de tela. Le comentan que está roja y dice que es por el calor, pero que por cualquier cosa se pone roja. Siempre hay alguien que la llama.

Amparo, con sus cabellos más rojos de lo que lo está ella, se detiene en un punto, tira de una caja de plástico vacía y la mira con aspecto serio.

—¿Habéis sacado todas las telas de aquí?

—Sí —le responde preocupada una mujer—, dijiste...

—Sí, sí —replica Amparo cambiando rápidamente la seriedad por una sonrisa.

—Ay, ¡no me asustes! —ríe aliviada cuando se da cuenta de que era una broma.

Su nombre se va repitiendo y se detiene con otra mujer a mirar qué se tiene que tirar. Mientras tanto, ha entrado un adolescente con un carro de la compra. Dice que ha venido a buscar algo para su madre. Como nadie sabe resolver la cuestión, Amparo deja lo que estaba haciendo y le pregunta que quién es su madre y, cuando se aclara, va a pedir unos recortes de tela que iban a tirar. Le dicen que ya se los ha llevado otra persona, pero al final aclaran que han ido al mismo destino que tenía el chico.

—Amparo, te has ido de mi lado, estábamos hablando de qué tirábamos... —le dice una mujer desde detrás del mostrador de lo que había sido la recepción del ambulatorio.

—Sí, es que ya no sé quién me ha llamado...

—El chavalín este.

Una vez resuelto lo que se tiene que tirar, Amparo sale de detrás del mostrador y llama a Marta. Le dice que va a entrar en una reunión en una de las salas. En realidad, lo que está diciendo es que, por favor, no la agobien durante el tiempo que dure. «**Lo tendré presente**», responde riendo la tallerista, que ya conoce el panorama.

La presidenta de la Asociación de Vecinos, lo quiera o no, es el alma del proyecto. Es una característica común en muchos proyectos comunitarios, que

dependen del empuje de una persona o de un grupo de personas que tienen las ganas y el saber hacer para convertirlos en realidad. Hoy en día, el *Més amb Menys* no depende de Amparo para funcionar, ya que tiene suficiente rodaje y mucha gente comprometida, pero su huella es innegable. Siempre que esté allí oírás como repiten su nombre para comentarle una cuestión u otra.

Oscar Rebollo, responsable de las políticas de acción comunitaria del Ayuntamiento de Barcelona, reconoce que depender del esfuerzo y de las ganas de una presidenta de asociación de vecinos o de una técnica es una debilidad para los proyectos, pero se pregunta si esto es sustituible.

«Si tuviéramos una comunidad, una cultura política, una población y unas organizaciones que no tenemos, pues claro que las cosas serían diferentes; pero como tenemos lo que tenemos, los liderazgos son clave», asegura. Pero no todos son iguales, apunta Oscar: **«Hay liderazgos más facilitadores, gente que lidera, pero facilita que los otros hagan y hay otros más personalistas, controladores, protagonistas, que desgraciadamente están muy presentes no solo en el asociacionismo, sino en el conjunto la sociedad»**.

En el éxito del Plan Comunitario de Roquetes también han influido los liderazgos que han creído en este desde los servicios. **«Fue una pasada como se comprometieron los servicios que teníamos en el barrio, como trabajaron en todos los espacios desde que se empezó a crear la red, y ha sido más por la parte personal de la gente que sí creía en ello que por lo que dijera la administración»**, critica Amparo. **«Muchas veces han venido en horas libres, porque no se lo contabilizaban como horas de trabajo; con la acción comunitaria, la Administración ha hecho mucho eso de ir diciendo cómo debe ser, pero luego no les dan ninguna opción a los profesionales y deben espabilar como pueden»**.

Las tres profesionales que fueron las principales referencias del proyecto durante muchos años ya no están. Gloria Muniente y Montse Petit se han jubilado después de quince años aportando al plan comunitario desde sus servicios, y Bet Bàrbara ha dejado la dirección del Centro de Servicios Sociales para trabajar a nivel de ciudad desde la Dirección de Servicios de Acción Comunitaria del Ayuntamiento.

Montse asegura que en todo momento se ha sentido acompañada por la Agencia de Salud Pública de Barcelona. Cuando iban a hacer reuniones de dos horas con las entidades del barrio a las nueve de la noche, estas horas se las reconocían como extras. Pero no todo el mundo tiene la misma suerte. **«Muchas veces toda esta acción comunitaria en algunos servicios depende en gran medida de la voluntariedad de algunos profesionales, y entonces ni le das la importancia que tiene, ni hay mucha gente que se anime; esto no debería depender de la voluntad»**, concluye.

«Es verdad que las personas otorgan carácter a algunas cosas, pero también es muy importante como quieren trabajar los servicios: ¿nos llenamos la boca con que queremos hacer salud comunitaria o damos las herramientas para que los trabajadores la lleven a cabo?», se pregunta la enfermera.

«Sonia Fleury, hablando de movimientos e iniciativas de transformación social en Brasil, habla de “personas milagro”, pero ¿cómo encontramos a estas personas milagro? ¿Cómo encontramos liderazgos facilitadores o constructores? Yo no sé cómo se encuentra ni cómo se busca eso, simplemente sale», apunta Oscar. Para el responsable de acción comunitaria hay dos alternativas: una que no se puede impulsar, que es esta de contar con una «persona milagro» que hace que las cosas sucedan, y otra que sí, que es tener organización. «Por eso se necesitan tres fortalecimientos en el proyecto asociativo: uno democrático, uno económico, que mira hacia la autosuficiencia y uno social, que mira el proyecto y la base social, porque sin proyecto no estamos haciendo nada», concluye.

Costureras

No solo en Roquetes apuestan por la costura como herramienta de transformación social. Una prueba de ello es el encuentro de mujeres costureras organizado en la Pau en el marco de Energías Comunitarias en junio de 2018. Participan catorce proyectos de tipos muy diferentes, pero todos relacionados con coser o tejer y la mayoría formados exclusivamente por mujeres.

Hay de todo. Por ejemplo, el programa *Teixint Lletres*, impulsado por un servicio de acompañamiento a la reagrupación familiar, trabaja con mujeres recién llegadas de habla no románica. Les ofrece una manera de familiarizarse con la lengua y, a la vez, un puente hacia la participación y el conocimiento de los servicios públicos.

En un contexto muy diferente, a pesar de tener un nombre similar, se hace el proyecto *Teixint Vincles*, del Centro Cívico de la Sagrada Familia. «Yo fui al centro cívico para refugiarme tras un cáncer de mama, y había unas chicas de Sudamérica que hacían unas cosas muy curiosas con una tela que me recordaba a la que usaba mi padre para guardar patatas, que yo soy de un pueblo del Penedès, y me dijeron que lo usaban para expresar su imaginación», explica una señora, que acto seguido enseña como ella también expresó la suya. Se trata de la arpillería, una técnica nacida en el Chile de la dictadura de Pinochet como medio de expresión y sanación. El grupo la usó para expresar los procesos migratorios de cada una, fuera de un país a otro o del campo a la ciudad.

La lista de proyectos incluye cooperativas, proyectos de cooperación, de inserción laboral... También el *Més amb Menys*. La organización ha querido priorizar que hablen las participantes de los proyectos en lugar de las técnicas. Para muchas es la primera vez que hablan en público, ante una sala llena de mujeres muy diferentes.

«**Yo por el hecho de ser mujer, de ser gitana y de mi bajo nivel académico sufro triple exclusión, como muchas de las que estamos aquí**», dice Cristina Vázquez, de la Comisión de Mujeres del Bon Pastor. A través del programa *Transforma't* en Bon Pastor comenzó a trabajar como mediadora comunitaria en su propio barrio. El objetivo era que trabajara solo con mujeres gitanas, pero se negó, porque tenían que ir todas a una. Ahora tienen un grupo de costura donde ponen en relación lo que representan las bodas gitanas y las quinceañeras latinoamericanas.

«**Se han perdido muchos vínculos, y muchos de los proyectos que habéis presentado van precisamente en esta línea de recuperar espacios**», señala Cristina a las compañeras. En el Bon Pastor tienen una estrategia de bienvenida: cuando llega una mujer nueva, normalmente con muy baja autoestima, lo que hacen es tirar purpurina para dejar claro que acabarán brillando.

Después de la exposición de todos los proyectos, se forman pequeños grupos que mezclan personas de diferentes lugares para compartir reflexiones. En uno de ellos, Marta de *Més amb Menys*, ante la pregunta planteada sobre qué es lo que sueña para su grupo dentro de tres años, lo tiene muy claro: «**Que se haya podido hacer una cooperativa con las mujeres que están en inserción laboral**».

—Yo he aprendido mucho de todas vosotras, y me gustaría que mis amigas y compañeras vinieran y aprendieran qué es lo que hay —dice Charo Castillo, de la Asociación de Vecinos de la Palmera, que no pertenece a un grupo de costura, pero sí a un grupo de mujeres que están formando en el barrio—. Estoy en esta lucha y a veces tengo ganas de tirar la toalla porque me siento sola.

—¿Cómo se llama? —le pregunta Cristina.

—Charo.

—Mire, señora Charo...

—¡Señora no!

—Mira, cariño mío, guapa, preciosa —se corrige Cristina y ríen todas—, yo era una simple carnicera y me formé, me empoderé y me desperté, y

de lo que me di cuenta es que tenía que despertar a las personas que estaban dormidas.

Siguen intercambiando ideas e inquietudes y, antes de cerrar el debate, Bet, del servicio de Acción Comunitaria, invita a sus compañeras de grupo a no dejarlo morir: **«Hay que mirar al barrio, pero también al barrio de al lado; si hay algo que os ha interesado, no os vayáis sin hablar con esa mujer y sin quedar un día para tomar un café».**

Pasarela

Al cabo de tres o cuatro meses de comenzar los talleres de costura a Amparo se le ocurrió proponer hacer un desfile en el barrio. Su sorpresa fue que todas dijeron que sí. En poco tiempo se sentían fuertes y capaces.

«El primer año fue horroroso, porque coser lleva mucho tiempo, y ellas no sabían coser aún, solo sabían hacer pespunte y, entonces, claro, la mayoría de las cosas las hice yo», recuerda Amparo. **«A ellas les hacía hacer cuatro pespuntos, cierra por aquí, cose por allí, y yo hasta el último momento todavía estaba terminando cosas».**

Así de accidentada comenzó, en la fiesta mayor del 2012, la Roquetes *Fashion Week*. Aunque solo dura un día, toma el nombre de los grandes eventos de la moda global. Mujeres con situaciones vitales a menudo difíciles salen sonrientes a una pasarela ante el barrio, contentas y orgullosas de lo que hacen. Lo llaman «desfile de la dignidad».

Con los años, las participantes cada vez son más autónomas para producir sus vestidos, y ya no desfila solo la ropa, sino también la comida. Desde el proyecto de cocina de *Més amb Menys* preparan un cáterin para el evento y antes de servirlo pasan los platos también por la pasarela.

«La *Fashion* es el momento en el que se hace visible el trabajo, cuando las mujeres que estaban o aún están aisladas muestran a la comunidad que son capaces de hacer cosas: comida buenísima, vestidos súper bonitos... Suben con la cabeza alta y quieren ponerse guapas; es como reencontrarse con ellas mismas, y lo comparten, invitan a la familia y refuerzan los vínculos», explica Aïda Ballester. La comunidad, además, reconoce el esfuerzo y esto se ve en que es la actividad que genera más expectación en el barrio.

Si la semana de la moda de Barcelona lleva la marca 080, que son los números iniciales de los códigos postales de la ciudad, la de Roquetes afina más, y toda la organización lleva camisetas con el 08042, que es el del barrio. La comunidad se vuelca en el evento. La pasarela, tapizada de color azul cielo,

está rodeada de adornos preparados por la florista del barrio. El peluquero se ha encargado de hacer los peinados de las modelos para que todo sea aún más bonito. Son varios los comercios que se han implicado.

Amparo no está sobre el escenario, sino justo debajo. Antes que las madres, desfilan las criaturas y ella es la encargada de entregar a cada una un lote de dulces cuando llegan al frente de la pasarela, donde las espera medio agachada. Arriba del escenario, quienes presentan el acto son su hermana Marcela Iturriaga y Puri Cea, que se inició en el movimiento vecinal con la vocalía de sanidad. No dudan en empezar reivindicando equipamientos para el barrio y, a la alcaldesa, que tampoco quiere perderse el desfile, le llaman la atención desde el micrófono cuando no está atenta al discurso.

Primero se presenta el equipo de cocina, que lleva dos días preparándolo todo. Van pasando mientras se les explica a los asistentes qué es cada plato. Se suman Montse y Gloria, que han preparado pasteles para despedirse como profesionales, porque a la próxima acudirán como jubiladas.

Cuando comienzan a pasar los vestidos, Puri y Marcela no escatiman en detalles.

—El vestido que lleva está hecho de una sábana... Es que, a ver, no hemos explicado el proyecto, aquí todo lo reciclamos.

—Nos faltan muchos materiales, así que si alguien conoce a algún fabricante al que le sobren telas que nos avise —invita antes de seguir con las descripciones.

—Mirad este traje sacado de un mantel, ¡qué maravilla! En Roquetes, ¡la imaginación al poder!

—Iris y María llevan trajes hechos a partir de camisas de señor con parches de flamencos. ¡Mirad las cosas que se pueden hacer!

Las criaturas más pequeñas desfilan en brazos o de la mano de sus madres.

—Alejandra no ha hecho el traje, pero ha estado presente en todo momento mientras se hacía y con lo pequeña que es, ¡no se imaginan cómo habla!

Después empiezan a salir las mujeres con los modelos que se han hecho ellas mismas.

—Esto es un trozo de tela así —dice una de las presentadoras extendiendo los brazos— que nos regala la Fundación Pare Manel y vamos haciendo un puzzle y ¡mirad qué preciosidad!

—Os presento a Susi, aunque ya la conocéis todos. Lleva un vestido transformado en otro más ajustado y favorecedor.

Y si todo desfile que se precie acaba con el vestido de novia, en Roquetes este año no es que también tengan uno, sino que tienen dos. La sobrina de Amparo y Marcela y su prometida desfilan delante del barrio y al frente de la pasarela se besan entre aplausos.

—Rompiendo estereotipos, ¡en Roquetes lo rompemos todo!

Piel

Apostaron por visibilizar a las novias en la *Fashion Week* no sin preocupación. **«No sabíamos cómo saldría, pero teníamos claro que lo queríamos hacer porque tenemos que luchar por las minorías y apoyarlas»**, dice Amparo. De entrada, las mujeres de Marruecos cuando se enteraron dijeron que no participarían, porque iba en contra de su religión. Al final, sin embargo, participaron en todo, menos en sacar el pastel de bodas con una cobertura blanca y el arco iris en el interior.

«Si no hubiéramos tenido el contacto y la relación que hemos tenido, no hubiera participado nadie, seguro. Pero como estamos juntas hemos tenido un espacio en el que hemos podido hablar, tenemos una relación basada en la confianza y les dolía que nos enfadásemos; les dijimos que, al igual que ellas se sentían apoyadas y en casa cuando venían al taller, queríamos que se respetara la condición de todos», explica la vecina.

Tampoco es que fuera el único colectivo del barrio que les preocupara en cuanto al rechazo, sino que fueron las que lo expresaron. **«Mi sobrina y su pareja han sido muy valientes, porque este es su barrio, es donde viven, donde están todo el día, y fue un día muy especial para ellas; sintieron que salían al mundo y decían que se querían, y la gente en vez de gritarles, les aplaudió»**.

En cuanto a la convivencia han tenido conflictos de todo tipo. **«Al principio las de aquí eran las todopoderosas y no querían participar en los espacios donde estuvieran las marroquíes, no querían ni desayunar juntas, y ahora ves que se encuentran en la calle y se llaman por su nombre, que se encuentran en el taller y se ayudan»**, celebra Amparo. Los talleres se han convertido en espacios de confianza donde poder hablar de todas sus inquietudes. **«Han salido temas como el del pañuelo. Una decía que esto era maltrato a las mujeres y entonces sale otra de aquí y dice: “Pues yo he sido una mujer maltratada y nunca he llevado pañuelo”**. Son conversaciones que aportan granitos de arena, porque se están

escuchando, aunque no cambie su manera de pensar, están hablando de alguna manera».

Más allá de estos espacios de encuentro del *Més amb Menys*, los conflictos se dan en todos los ámbitos del barrio. La llegada de la segunda ola migratoria — porque Amparo remarca que en el barrio todos son migrantes, en una primera ola eran españoles y en una segunda, de otros países— conllevó muchos prejuicios. Hubo, por ejemplo, quien se plantó en la asociación para quejarse de que su hijo no había entrado en la guardería y sí habían entrado los hijos de los migrantes. Ella no pasa ni una: **«Mire, hay una solución rápida: pondremos a los chiquillos en fila, a todos los bebés, y entonces usted decide cuáles tienen derecho a una educación, a la sanidad y los que no, pues no seguirán adelante. ¿Le parece? ¿No entiende que es mejor salir a la calle y reclamar más plazas y escuelas? Nos estamos peleando por los migajas, ¡que son niños!».**

En cambio, dice, la misma gente no tenía problemas con sus vecinos de escalera que venían de otro país, porque ante todo eran vecinos. **«Esto es una de las cosas que te hacen ver que, si nos conocemos, nos relacionamos y nos tocamos, las cosas cambian; todo cambiaría si tuviéramos espacios en los que relacionarnos, porque si no es muy duro... necesitamos estas relaciones más de piel»**, concluye Amparo. Ella lleva años dejándose la suya y ganándose la confianza de muchos para hacer un barrio mejor.